Miércoles, 11 de julio 2012

El sonido distante de las carretas

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/07/distant-sound-of-tumbrils.html

He comentado más de una vez en estos ensayos sobre la brecha que existe entre las fantasías de omnipotencia tan comunes en la elite de la América contemporánea y las incómodas realidades de una nación donde el poder se ha dispersado tanto que las medidas para la acción constructiva son casi imposibles. La dispersión del poder en el tiempo muy común en la historia de las naciones; ya en un post anterior de esta serie se discutió el concepto de anaciclosis[1], el análisis del antiguo historiador griego Polibio sobre cómo se produce la dispersión del poder. Pero hay otra consecuencia de esa difusión.

¿Cuál es esa consecuencia? El descuido, la ofuscación, la desconexión de la realidad, el estar en la inopia que tan a menudo afecta a las clases dominantes en los últimos años de su poder[2].

Sobran ejemplos palmarios para describir el concepto. Pero quiero traer aquí uno de los ejemplos menos evidentes, precisamente porque se refiere a un hombre muy inteligente. La persona que tengo en mente es Robert D. Kaplan, que irrumpió a lo grande en la escena actual de estos asuntos en 1994 con un artículo desgarrador y chispeante, un escrito titulado “La anarquía que viene (The Coming Anarchy)”. Kaplan es uno de los más brillantes “intelectuales domesticados” que dan discurso a los políticos estadounidenses, quien, como muchos de los intelectuales domesticados, se abrió camino desde un origen de clase media hasta su estado actual como asesor y altavoz del Pentágono y ponente habitual en conferencias de alto nivel.

Es muy relevante releer uno de sus libros de la década de 1990, el divertido aunque intrascendente relato “Un Imperio inhóspito: Viajes hacia el Futuro de América (An Empire Wilderness: Travels into America’s Future, 1998)”, y leer su narración sobre su único y breve contacto con el país que él piensa que está explorando. La mayor parte del libro narra los encuentros de Kaplan con sus colegas —es decir, otros intelectuales domesticados y con los políticos y hombres de negocios cuya generosidad los mantiene empleados en su hábitat natural, un paisaje de aeropuertos, parques de oficinas, condominios urbanos, y otros lugares de moda—. Sin embargo, en una ocasión única en sus años como corresponsal en algunos de los lugares más salvajes del mundo, se salió de lo establecido y subió en un autobús Greyhound para realizar un viaje por el suroeste de Estados Unidos para conocer de primera mano país, paisaje y paisanaje.

La escena es realmente uno de los mejores ejemplos de comedia involuntaria en la literatura moderna. Kaplan consiguió salir brevemente de la burbuja en la que los intelectuales domesticados de su condición viven normalmente, y el mundo que vio fuera de la burbuja le sorprendió infinitamente. Sus compañeros de viaje eran... grasientos..., incluso los que eran delgados no parecían encajar en la habitual definición de belleza o elegancia de Kaplan. Vestían ropa barata, de talla distinta de la propia, demasiado grandes o demasiado pequeñas, de colores chillones. Algunos de ellos llevaban sus pertenencias en bolsas de basura de plástico en lugar de, digamos, en maletas de Gucci. Casi se podría casi oír un "Ewww, ¡asqueroso!" escapando de sus labios.

Pero resulta que yo he viajado bastante en autobús Greyhound por diversos rincones del país y he compartido espacio en el autobús con la misma clase de estadounidenses que horrorizaron a Kaplan. (Sin duda se habría horrorizado del hombre de barba desaliñada y coleta sentado dos asientos adelante, vestido con una ropa holgada que había visto mejores días. Pista: usted no usa ropa bonita en un largo viaje de autobús y si lee, será una manoseada novela de fantasía de la década de 1970, no cualquier basura intelectual que el New York Review of Books estuviera promocionando esa semana.) He visto chillonas camisetas de poliéster sin mangas, sudaderas que parecen haber sido utilizadas para limpiar piezas de automóviles. He visto viajar a mujeres que iban a ver a sus novios en prisión, a estudiantes

[1] Disponible la traducción en el Foro crashoil

[2] N. del T. Sobre la senilidad de las élites, es muy recomendable el post de Ugo Bardi, traducido aquí.

universitarios que no tienen becas de fantasía, a parejas de mediana edad con empleos miserables viajando para visitar al tío que no han visto en diez años que se está muriendo de cáncer, y a gente de ese estilo. Todo eso es demasiado familiar para la mayoría de los estadounidenses, pero para Kaplan fue un shock.

Eso sí, tuvo el coraje de ponerse a la altura de sus compañeros de viaje: la regordeta ordinaria, el hombre que lleva ropa pasada de moda, el que lleva accesorios vulgares, el hortera que viajaba en autobús. Sospecho que la mayoría de sus iguales nunca han hecho nada por el estilo, y ni en broma piensan hacerlo. En los Estados Unidos de hoy, si quieres evitar ver cómo vive la mayoría de la gente, es de lo más sencillo. La geografía de los Estados Unidos está esculpida tan a fondo por el nivel de ingresos que se necesita un esfuerzo deliberado para caer de las cómodas órbitas habitadas por las clases medias y altas y poner los pies en la Tierra.

Esto ha sido y es bastante común en las sociedades aristocráticas en ciertos momentos de su historia. Cuando María Antonieta respondió a los informes de que los pobres de París no tenían pan diciendo "pues entonces, que coman pastelillos", en realidad no estaba siendo malvada; toda una vida en los círculos enrarecidos del cenit del ancien régime la había situado fuera del mundo real, no se dio cuenta de que era el precio corriente del pan y no una escasez repentina lo que hacía miserable la vida de la clase baja. Su marido probablemente tenía una idea un poco más clara de la situación, al menos en teoría, pero —al igual que un gran número de aristócratas que acabarían compartiendo su destino— no era capaz de darse cuenta del polvorín sobre el que se asentaba la inestable estructura del antiguo régimen, enorme y tambaleante.

La ironía es que los ancestros de estos mismos aristócratas también habían sido duramente castigados por la historia, tratados como los individuos pragmáticos y despiadados que habían sido. Los barones medievales cuyos descendientes tendrían una cita con Madame Guillotine poco después de 1.789 no se parecían a los antiguos mafiosos sicilianos (con su devoción a la iglesia católica, su código de honor, y su disposición a sacrificar la gente que hiciera falta siempre que la situación lo justificase). Como cualquier otra elite feudal de la historia, la vieja aristocracia feudal francesa surgió en una época de caos, cuando los últimos restos del gobierno central habían desaparecido y los terratenientes locales fueron lo suficientemente inteligentes y fuertes para reunir un grupo de seguidores armados e imponer su propia justicia de hierro en un terreno que podían tomar y controlar.

Esos tiempos no favorecen el aturdimiento. Incluso cuando el sistema feudal se asentó, el heredero de una baronía que estuviera demasiado lejos de las duras realidades de la época podía estar seguro de ser destituido de su cargo con un hacha de guerra. Fue sólo después, cuando la guerra se convirtió en un monopolio del rey de Francia, y los aristócratas ya no tenían que arriesgar sus vidas ni llevar a sus vasallos al campo de batalla cuando las clases altas francesas se aíslan en una burbuja de su propia creación y comienzan el viaje hacia su miserable destino.

Es de interés señalar que este proceso llevó mucho más tiempo en otras dos naciones europeas, Gran Bretaña y Prusia —aquellos de mis lectores que hayan recibido una educación pública americana probablemente necesitarán que le digan que Prusia fue el núcleo del Imperio Alemán, y lo que queda de él ahora es parte de Alemania—. En Gran Bretaña, hasta después de las guerras napoleónicas, y en Prusia justo hasta la Segunda Guerra Mundial, era común que los hijos de los aristócratas sirviesen como oficiales en las fuerzas armadas. Como Gran Bretaña y Prusia pasaron la mayor parte del siglo XVIII en guerra, los aristócratas jóvenes despistados tenían mayor probabilidad de ser eliminados de la reserva genética por la brutal presión de selección darwiniana de la guerra moderna temprana. Vale la pena señalar también que en las familias nobles británicas esa costumbre comenzó decaer en el siglo XIX, y el estereotipo del aristocrática absolutamente cretino entró en la cultura popular británica no mucho tiempo después.

Hablemos de la aristocracia americana. ¡Oh, sí!, puedo escuchar los gritos de indignación que ha provocado el uso de esta última frase. Pero en realidad, existe. Tenemos una aristocracia, o un equivalente muy cercano. En todas las comunidades de primates sociales, hay un círculo interno de individuos que tienen más influencia y más acceso a cualquier tipo riqueza disponible que los otros miembros. En todas las comunidades de primates sociales, las probabilidades de entrar en ese círculo

interno dependen en parte de que sus padres ya pertenecieran al mismo, y en otra parte en la propia capacidad del individuo para derrotar a sus rivales o intimidarlos en su lucha por entrar en la jerarquía. Hasta donde yo sé, cualquier grupo de primates sociales no procura tener una aristocracia —esta afectación se limita a los seres humanos, aunque no me sorprendería saber que los bonobos tienen algo parecido— simplemente han decidido que es más conveniente confiar en una jerarquía encubierta que confiar en una abiertamente reconocida. En los Estados Unidos de hoy, como en cualquier otra sociedad humana, la variable que mejor predice el lugar que ocupa una persona en la curva de la distribución del ingreso es el lugar de sus padres en la misma curva. Algunas personas ascienden desde abajo —el mencionado Kaplan es un ejemplo— pero lo hacen adoptando los valores y actitudes de los miembros de los estratos sociales superiores, que son por lo general los que tienen el control sobre a quién se le permite ascender (o no), y sólo se les permite a quienes encajan con sus valores y actitudes.

La aristocracia de los EE.UU., como iba diciendo, nunca ha tenido la tradición de enviar a sus hijos al ejército. Las grandes guerras de la historia de Estados Unidos (la Guerra Civil y las dos Guerras Mundiales), han visto a gente de todas las clases sociales en las oficinas de reclutamiento. Las pequeñas guerras han sido llevadas a cabo por profesionales o, en algunos casos, por personas que se alistaron cuando los tambores empezaron a sonar y la prensa llamaba a la guerra. Las clases privilegiadas de los Estados Unidos se han mantenido alejadas de casi todas las fuentes de selección darwiniana con el mismo tesón. La única excepción es la lucha económica, e incluso aquí existe la transferencia de riqueza de los financieros e industriales (en fideicomisos individuales y sociedades de cartera) que consiguen garantizar que incluso el más irresponsable privilegiado niño rico seguirá disfrutando, sin ningún tipo de duda, de privilegios y riquezas hasta que llegue a buscarlo la dama de la guadaña.

John Kenneth Galbraith, cuyos sabios escritos señalan muchos de las dificultades en los Estados Unidos de hoy debido a que todos están demasiado ocupados luchando contra sí mismos, esbozó las consecuencias con su ingenio urbano habitual en su libro de 1992 “La cultura de la alegría, (The Culture of Contentment)”. Galbraith parece encontrar mucho placer en hacerse impopular en los pasillos del poder y el privilegio, y el libro que acabo de citar debe haber contribuido bastante a ello. Estoy pensando en particular, en su constatación del hecho de que cuanto más obscena sea la cantidad de dinero que hace un americano, menos trabajo real tiene que hacer para ganarlo. El núcleo del libro es una comparación precisa y mordaz entre la clase privilegiada de la América contemporánea y la nobleza francesa en vísperas de la Revolución, el ejemplo que ya he citado.

Esta comparación tiene tintes de precisión que muy pocos advierten en estos días. Luis XIV, el Franklin Roosevelt de su época, despojó a la aristocracia francesa una gran cantidad de riqueza y privilegios; imponiendo una serie de restricciones que aquella consideró muy onerosas. A su muerte, el objetivo primordial de la nobleza fue restaurar su posición de poder, a expensas de la del rey. La estrategia de la aristocracia debería ser muy familiar a los americanos modernos: insistieron en una acumulación masiva de poderío militar y una política exterior agresiva que metió a Francia en costosas guerras, mientras que al mismo tiempo exigían recortes de impuestos. El objetivo era simplemente llevar a la bancarrota a la monarquía francesa, no querían ahogar al Rey, sino forzarlo a constituir los Estados Generales (États Généraux) algo parecido a una convención constitucional en los Estados Unidos, de donde sólo podrían surgir unas estructuras fiscales radicalmente nuevas. Si eso ocurría, tenían la esperanza de amedrentar al rey, para así restaurar sus antiguos privilegios como el precio de consentir el nuevo régimen fiscal.

El resultado fue un arriesgadísimo juego de la gallina para ver quién prevalecía, el partido de la aristocracia o el partido de los ministros, burócratas y funcionarios cuya autoridad y riqueza estaba garantizada por el poder de la monarquía. (Si quiere describir estas dos partes como "republicanos" y "demócratas", no se lo voy a discutir.) De lo que ninguno de los dos bandos se percató fue que sus luchas imponían cargas muy pesadas al resto de la población (campesinos, obreros, comerciantes y pequeños empresarios) sobre cuya pasivo consentimiento descansaba en última instancia toda la estructura de poder y prestigio. A medida que la lucha continuó, la aristocracia puso todo su empeño en deslegitimar al rey y al gobierno central, mientras que el servicio civil y sus partidarios hicieron lo propio para deslegitimar la aristocracia. Ambas partes lograron cumplidamente sus objetivos (de hecho, más allá de sus sueños más salvajes), y lograron eliminar todo vestigio de legitimidad popular del sistema político francés en su conjunto.

Así que cuando los aristócratas por fin se salieron con la suya y fueron convocados los Estados Generales, todo lo que se necesitó fueron algunos discursos incendiarios y un poco de violencia por parte de los bajos fondos parisinos, toda la estructura del antiguo régimen se desintegró en cuestión de semanas. Los aristócratas, que habían sido los principales causantes del desastre, fueron también los últimos en darse cuenta de lo que pasaba. Es tentador imaginarse a cualquiera de ellos charlando con otro condenado en la carreta que los llevaba hacia la guillotina diciendo: "Dime, Henri, ¿para qué facción política trabajabas?" Pero no hay evidencia de que nadie llegase a verlo tan claro, ni incluso cuando las consecuencias de su fracaso les hacían, literalmente, perder la cabeza.

A veces me pregunto si los miembros de las clases privilegiadas de América mostrarán más agudeza para calibrar las fuerzas que estarán detrás del desquiciado destino que los espera. Ciertamente están cometiendo todos y cada uno de los errores de sus equivalentes franceses. El poder, la riqueza y la influencia de las clases privilegiadas en los EE.UU. de hoy es función de su capacidad para sacar tajada de una sofisticada estructura en la que el gobierno y lo que en broma llamamos “sector privado” están inextricablemente enredados. La mayoría de los miembros de esas clases no tienen especiales habilidades que mencionar, salvo las necesarias para adulterar esa estructura. Son muy buenos en manipular, en violentar la estructura, y en succionar la riqueza del sistema —por eso que tienen el estatus y la influencia tienen—, pero han olvidado, como la mayoría de las aristocracias olvidan cuando llegan a la senilidad, que dependen de la estructura.

Al igual que los aristócratas de la Francia pre-revolucionaria, los integrantes de la aristocracia americana están de hecho muy ocupados socavando la estructura que los soporta —la cultura de la cleptocracia ejecutiva que impregna el extremo superior de las empresas estadounidenses en estos días es difícil de describir con cualquier otro término— y están igualmente ocupados destrozando los últimos restos de legitimidad del sistema político y económico, que Estados Unidos todavía conserva a los ojos de la gente, para obtener ventajas políticas a corto plazo. Con seguridad, a ninguna de las personas que participan en estas actividades se le ocurre pensar en que podría haber consecuencias negativas, ni que el populacho que se lleva la peor parte de toda esa arriesgada política podría terminar retirando el soporte sobre el que descansa toda la estructura. Posiblemente nada de esto va a terminar bien: ni para ellos, ni probablemente para el resto de nosotros. Me gustaría recordar a aquellos de mis lectores que piensan que el colapso del antiguo régimen de los Estados Unidos podría impulsar cambios benéficos lo que trajo 1789: no llegó la utopía de la razón prometida por los radicales de la época, sino el terror, seguido de las guerras napoleónicas.

De manera involuntaria, una metáfora central del famoso artículo de Kaplan "La anarquía que viene" dibuja una imagen perfecta de la tribulación venidera. Él se imagina a la gente de los países industriales más ricos del mundo como pasajeros de una limusina, rodando por las calles oscuras y llenas de baches de alguna pobre y violenta ciudad del Tercer Mundo. Es interesante observar que nunca se pregunta qué sucederá cuando la limusina se quede sin gasolina. (No conozco sus puntos de vista actuales, pero en sus libros anteriores rechaza el concepto de pico del petróleo.) Tampoco se para a pensar en lo que sucede cuando el conductor intenta esquivar un bache a toda velocidad y estrella la limusina contra un muro de ladrillo; eso es más o menos lo que ahora está sucediendo en la economía del mundo industrial. Ni siquiera habla de la posibilidad de que la gente de la ciudad podría levantar barricadas o lanzar un par de cócteles molotov a la limusina. Cuando algo de esto suceda, y estoy casi seguro de que así será, espero que Kaplan tenga el suficiente ingenio como para ponerse una camiseta mugrienta y unos viejos pantalones vaqueros para mezclarse con la multitud.